

Entre muchas obras de fondo, recomiendo la *Teología dogmática* y la *Exposición del derecho canónico*, por el Cardenal Gousset; la *Regla de fé*, por el P. Perrone, y los hermosos *Estudios filosóficos*, de M. Nicolas; como resumen de la doctrina cristiana, el gran *Catecismo del Concilio de Trento*, traducido por Mons. Doney; en fin, las excelentes *Respuestas populares* del P. Trance, que reasumen con extraordinaria lucidez y con una doctrina muy pura todas las controversias que están á la orden del día.

No bastan la claridad de la inteligencia; precisa es además la santidad del corazón. Toda persona que quiere producir en sí una verdadera reacción contra el mal que nos devora, debe vivir como verdadero cristiano, llevar una vida pura, inocente, extraña al mundo, y en todo animada por el Espíritu del Evangelio. Debe orar á menudo y comulgar con frecuencia, bebiendo así, en este manantial vivo, la vida verdaderamente cristiana y católica. Los hombres de fé, de oración y de caridad son los únicos que poseen el secreto de las grandes victorias.

Esta debe ser nuestra *reacción* contra la seducción de los falsos principios y el torrente universal de corrupción. Este es nuestro deber, deber del cual daremos cuenta á Dios cuando nos llame á su presencia. Este debe mirar ante todo á los que directa ó indirectamente tienen cargo de almas: los pastores de la Iglesia, Obispos y sacerdotes, doctores del pueblo cristiano encargados por Dios de enseñar á todos los hombres todos sus deberes y preservarlos de los lazos de la mentira; los jefes de los Estados, que, como hemos dicho, deben vi-

gilar indirectamente por la salvación de sus pueblos, facilitando á la Iglesia su saludable misión; en fin, los padres y madres, cuyo ministerio consiste, ante todo, en hacer de sus hijos buenos cristianos y hombres de corazón.

¡Bendiga Dios nuestros esfuerzos, y sálvese el mundo por segunda vez por los cristianos!

XXIV.

¿Es preciso luchar contra lo imposible?

Todo consiste en saber si es *imposible*. Dicen en Francia que esta palabra no existe en el vocabulario francés. ¿Es verdad? No lo sé; lo que sí sé es que no es palabra cristiana. “Lo que es imposible para el hombre, siempre es posible para Dios.” Siendo el mundo pagano, lo que todos sabemos que era, ¿no parecía imposible, y tres veces imposible, que doce pescadores judíos lo convirtieran á la *locura de la Cruz*? ¿No parecía imposible que San Pedro reemplazase á Neron en el Vaticano? La historia de la Iglesia es la historia de las imposibilidades vencidas; es la realización permanente del oráculo del Salvador: *Et nihil impossibile erit vobis*. “Para vosotros nada será imposible.” (Luc., xvii, 19.)

Si no me engaño, es menos difícil de arreglar el mundo actual, que lo que fué para nuestros padres el arreglar el mundo pagano. Empleemos los mismos medios, las mismas armas, y la fé triunfará ahora como triunfó entonces.

“Sea, dirán algunos cristianos tímidos; pero habiénd-

dose esparcido y arraigado por todas partes las ideas modernas y democráticas; pareciendo un hecho consumado la imposibilidad para la Iglesia de ejercer sus derechos sobre las sociedades, y pareciendo que el porvenir debe favorecer mas y mas este estado deplorable de las cosas, ¿no seria quizá mas razonable, y acaso aun mas inútil á la buena causa, el aceptar el hecho, el hacer concesiones sobre el derecho y contemporar sin temor con los principios modernos? Obrando de otro modo, ¿no nos esponemos acaso á comprometerlo todo? Y ¿no seria esto esponer la Religion á recriminaciones públicas?"

Guardaos de creer esto. En los tiempos de transición como el nuestro, los hombres no pueden pasarse sin la verdad, sin la verdad entera. Las verdades han sido debilitadas y abandonadas por las pasiones humanas: *Diminutae sunt veritates á filiis hominum*. Como depositarios de todós estos principios sagrados de la vida religiosa, social, política y doméstica, devolvámoslos al mundo, que se muere por falta de conocerlos. Abajo, pues, con la prudencia humana; lo perderia todo. *Prudentia carnis, mors est*. Seamos prudentes, esto sí; pero prudentes en Cristo. Pasaremos, como siempre, por insensatos, pero seremos muy sabios. "Insistamos, como nos lo manda la fê, insistamos oportuna é importunamente; reprendamos, supliquemos, señalemos el mal con toda perseverancia y doctrina. "Estas son las palabras del Apóstol San Pablo, que nos lo pide con instancia: "Delante de Dios y delante de Jesucristo, juez de vivos y muertos;" y añade, profetizando las debilidades humanas y de los tiempos en que vivimos: "Porque vendrá un tiempo en que no se tolerará la sa-

na doctrina, sino que los hombres se abandonarán apasionadamente á una multitud de doctores aduladores, y desviándose de la verdad se alimentarán de fábulas. En cuanto á vosotros, velad y no temais el castigo (II ad TIM., IV)." Nada mas claro que esta regla de conducta; tengamos, pues, el valor de adoptarla.

"¿Pero se clamará contra la Iglesia!" Se clamará, y luego ya no se gritará mas. ¿No se grita acaso en el día? ¿Qué es el periodismo, qué la política en toda Europa sino un grito permanente contra la Iglesia, bajo el nombre de *partido clerical*, de *ultramontanismo*, de *fanatismo*? Hablemos alto y fuerte en medio de este clamoreo; acordémonos que nos está prohibido el callar: *Ve mihi, quia tacui!*

"Pero pidiendo demasiado, nada obtendreis." De ningun modo pedimos demasiado; pedimos lo que Dios quiere, y lo que los hombres deben darle; lo que es justo, y, en fin, lo que solamente puede salvarnos á todos. Observadlo bien; aquí se trata de una cuestion de vida ó muerte, como en otro tiempo, entre el paganismo y el cristianismo; son dos principios que se escluyen el uno al otro, la Iglesia y la Revolucion, Jesucristo y el diablo; entre ellos no hay término medio. Por otra parte, ¿tendriais aun la simpleza de creer que las concesiones sirven de algo con los revolucionarios? "Una sola concesion puede satisfacernos: *Esta es la destruccion completa y entera del poder temporal de la Iglesia.*" Estas son las palabras testuales de la Revolucion. Si pediamos poco, nada ganariamos.

"Pero debemos ser caritativos!" Si por cierto; la caridad y la dulzura pueden volver los culpables al buen

camino, y por esto hemos de ser siempre dulces y caritativos; pero las cuestiones de principios son cuestiones de *verdad* y no de caridad; y en ellas no hay materia para concesion alguna. Antes que sociedad de caridad, es la Iglesia sociedad de verdad. Nunca deben separarse la verdad y la caridad. La caridad que sacrificase la verdad, dejaria de serlo, y no seria mas que debilidad y traicion.

“¡Pero la prudencia es necesaria aun para decir la verdad, y tampoco se deben tirar las perlas á los cerdos!” Sin duda alguna, pero jamas debe hacerse traicion á la verdad, ni á la Iglesia, ni á Cristo, bajo el pretexto de atraerse con mas facilidad las simpatías de los hombres. Nunca observó la Iglesia tal conducta; nunca recurrieron á esta falsa prudencia los Apóstoles, los Papas ni los Santos. Los cristianos que obrasen de otro modo obrarian mal; y si sus rectas intenciones no los escusaran, serian, á no dudarlo, culpables á los ojos de Dios.

“¡Pero, en fin, todas las verdades no son buenas para dichas!” Ya lo sé; pero esto se entiende solamente de aquellas verdades que hieren sin utilidad alguna, y no de aquellas que pueden curar y salvar. Ahora bien; solo las verdades del orden católico, antirevolucionario, pueden salvar el mundo en el tiempo en que nos hallamos. Proclamémoslas, y con una firmeza caritativa salvemos á nuestros hermanos, aun á pesar suyo.

Y, en fin, como dice el P. Lacordaire en una de sus magnificas Conferencias, “vale mas intentar algo, que no intentarlo.”

No está todo perdido todavía. Las circunstancias son

graves, y todos lo reconocen; la Iglesia pierde cada día mas su influencia, por no decir su existencia *social*; por todas partes hay católicos, y buenos católicos; pero ya no hay poderes católicos, ya no hay Estados constituidos segun el orden divino; el mar revolucionario avanza cada dia mas, como las olas del primer diluvio; pero, á pesar de todo, siempre existen los elementos de salvacion. Lo repito con seguridad: el estado actual del mundo es un estado transitorio. Una de dos: ó la Iglesia, en un tiempo dado, triunfará de la Revolucion, y en este caso desaparecerian por sí mismas estas necesidades de transicion, que se nos quiere obligar á aceptar hoy dia como principios, dejando el campo libre á los principios eternos del cristianismo, ó al contrario, triunfará la Revolucion por algun tiempo; y entonces, ¿de qué nos habrán servido las concesiones que ahora se nos aconsejan? Si ha llegado “la hora de las tinieblas,” la hora del principio de este mundo; si está en los altos designios de Dios que sucumbamos en la lucha, defendiendo hasta el fin los derechos de Dios; si así debe ser, al menos habremos sido buenos servidores, y podremos decir con el grande Apóstol: “He combatido por el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fé. Solo me queda el recibir la corona de justicia, que me dará nuestro Señor, el Divino Juez.”

“¿Puede acaso la Revolucion triunfar del todo de la Iglesia? ¿Puede acaso perecer la obra de Dios?”—La obra de Dios no perecerá, pero sucederá con la Iglesia lo que sucedió con su Divino Jefe; tendrá como Él *su hora*, su pasion, su calvario, su sepulcro, antes de reinar

sobre el universo entero, y antes de juntar bajo el cayado del Pastor celestial á toda la humanidad. Todo esto lo profetizó el Evangelio.

Pero esta solucion *muy posible* de la cuestion revolucionaria, merece que nos detengamos un poco en ella.

XXV.

Terrible y posibilísimo término de la cuestion revolucionaria.

Cierto número de católicos, y entre ellos muchos Obispos y Doctores muy eminentes en ciencia y santidad, tienen la profunda convicción de que nos acercamos á los últimos tiempos del mundo, y que la gran rebelion, que viene destrozando desde hace tres siglos todas las tradiciones é instituciones religiosas, tendrá por fin el reino del *Anticristo*.

Es de fé revelada, que á la última venida de Jesucristo precederán un trastorno moral horroroso y la mas terrible lucha de Satanás contra Jesucristo y su Iglesia: *Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet.* (S. MATH., XXIX, 21.) Lo mismo que el cristianismo entero se reasume en la persona de su Jefe Divino, nuestro Salvador, lo mismo el anticristianismo entero en sus rebeliones, sus atentados y sus sacrilegios se reasumirá en aquellos tiempos en la persona de un hombre que estará lleno de la inspiracion y de la rabia de Satanás, y este hombre será el *Antecristo*. Este será una especie de encarnacion de Satanás, y el esfuerzo supremo de la rebeldía del demonio contra Dios.

La Escritura nos habla claramente, en muchas partes,

de la aparicion de este en el mundo; entre otras, en el capítulo xxiv de San Mateo, en el xxiii de San Márcos, y en el xxi de San Lucas, y en muchas epístolas de los Santos Apóstoles (1). En cuanto á San Juan, es el que ha sido escogido por la Divina Providencia para enseñarnos, en la magnífica profecía de su *Apocalipsis*, los dolores que precederán y acompañarán el reinado maldito del Antecristo, la destruccion de este, y, por fin, el reinado glorioso de Jesucristo y su Iglesia (2). El Antecristo reasumirá, deciamos, y en un grado supremo, todos los caracteres de todas las revoluciones anticristianas. Será gran sacerdote como Neron y como los otros Emperadores paganos; heresiarca como Arrio, Nestorio, Manés, Pelagio, Lutero y Calvino; destruirá y matará como Mahoma y los demas bárbaros; se rebelará contra el Papado como los Césares de la edad media, como el cismático Focio; negará el verdadero Dios en Cristo y su Iglesia, y hará reinar sobre todo el universo el satanismo ó la Revolucion perfecta. Despues de una persecucion universal, sin ejemplo desde que existe el mundo, volverá á echar la Iglesia en las Catacumbas, abolirá el culto divino, se hará adorar como el Cristo-Dios, y como tal se creará un Pontifice jefe de su culto impío; y todo hombre que no lleve su marca en la frente ó en la mano derecha, será declarado fuera de la ley y condenado á

(1) Véase sobre todo la segunda epístola á los Tesalonicenses, cap. II.

(2) Véase el *Apocalipsis*, desde el cap. VI hasta el XX, el que refiere la ruina del Antecristo y el triunfo de la Iglesia hasta el juicio final.